

Homilía de VI Domingo de Pascua

Año litúrgico 2017 - 2018 - (Ciclo B)

“Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos”

Introducción

Continuamos celebrando la plenitud del amor de Dios por la humanidad, expresado y comunicado a nosotros en su Hijo, muerto y resucitado. La liturgia de este domingo nos invita a ahondar en este gran don del cual nace el mandato de Jesús de amar a los hermanos.

El evangelista Juan nos invita a que, ante todo nos dejemos amar por Dios que tomó la iniciativa, amándonos con amor totalmente gratuito e inmerecido. Muchas páginas de la Biblia nos muestran un Dios que parece no darse por satisfecho hasta que encuentra descanso en el corazón del hombre. Es un amor, que no tiene su origen en nosotros sino en Dios; que nos enriquece y nos transforma para que podamos cumplir el mandato de amar a los hermanos. Este es el gozo al que Jesús nos invita a participar: que no tengamos miedo, ya que podemos contar con su amor fiel y poderoso; que no nos encerremos en un individualismo estéril, sino que seamos buena noticia para los hermanos con nuestra dedicación y empeño.

En nuestra sociedad los lazos de afecto y amistad son frágiles. Sólo el amor desinteresado que viene de Dios por medio de Jesús Resucitado puede ayudarnos a romper el muro de egoísmo que tiende a la división y al enfrentamiento.

Dios ofrece su amistad a todos sin distinción. No depende de las cualidades de quienes lo reciben, sino de su bondad y generosidad. El Padre ofrece al Hijo a todos, sin distinción. Sin embargo, este gran don de Dios no es acogido por todos con la misma disponibilidad; el centurión pagano Cornelio con su familia es el símbolo de aquellos que abren su corazón al amor de Dios.



Fr. Pedro Luis González González
Convento del Santísimo Rosario (Madrid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura de los Hechos de los Apóstoles 10, 25-26. 34-35. 44-48

Cuando iba a entrar Pedro, Cornelio le salió al encuentro y, postrándose, le quiso rendir homenaje. Pero Pedro lo levantó, diciéndole: «Levántate, que soy un hombre como tú». Pedro tomó la palabra y dijo: «Ahora comprendo con toda la verdad

que Dios no hace acepción de personas, sino que acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que sea». Todavía estaba hablando Pedro, cuando bajó el Espíritu Santo sobre todos los que escuchaban la palabra, y los fieles de la circuncisión que habían venido con Pedro se sorprendieron de que el don del Espíritu Santo se derramara también sobre los gentiles, porque los oían hablar en lenguas extrañas y proclamar la grandeza de Dios. Entonces Pedro añadió: «¿Se puede negar el agua del bautismo a los que han recibido el Espíritu Santo igual que nosotros?» Y mandó bautizarlos en el nombre de Jesucristo. Entonces le rogaron que se quedara unos días con ellos.

Salmo

Sal. 97, 1. 2-3ab. 3cd-4. R. El Señor revela a las naciones su salvación.

Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas. Su diestra le ha dado la victoria, su santo brazo. R. El Señor da a conocer su salvación, revela a las naciones su justicia. Se acordó de su misericordia y su fidelidad en favor de la casa de Israel. R. Los confines de la tierra han contemplado la salvación de nuestro Dios. Aclama al Señor, tierra entera; gritad, vitoread, tocad. R.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del Apóstol San Juan 4, 7-10

Queridos hermanos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Unigénito, para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Juan 15, 9-17

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud. Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca. De modo que lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dé. Esto os mando: que os améis unos a otros».

Comentario bíblico

1ª Lectura: Hechos de los Apóstoles (10,25-26.34-35.44-48): El Espíritu abre caminos nuevos

l.1. La primera lectura de hoy es un resumen de un gran relato que Lucas, el autor de los Hechos, ha colocado en su narrativa en un momento álgido de la vida de la primera comunidad. Los discípulos, en Jerusalén, habían sido perseguidos por el nombre de Jesús; la comunidad había quedado limitada por la tensión que suponía el tener que doblegarse a las exigencias rituales y legales del judaísmo: ¿qué sería del nuevo movimiento, del «camino» que habían emprendido sus seguidores? Cada día se hacía más necesario que los discípulos rompieran ese círculo de la ciudad santa y se lanzaran por caminos nuevos. Pero es el Espíritu, como en Pentecostés, quien va a tomar la iniciativa para abrir el cristianismo a otros hombres y a otros pueblos.

I.2. Estando Pedro en Joppe (Jaffa), tras una visión que le descoloca ideológica y prácticamente, es invitado a ir a la ciudad romana de Cesarea, donde residía habitualmente el prefecto romano, para entrevistarse con Cornelio (un jefe de la milicia) y su familia. Habían oído hablar de ese nuevo movimiento entre los judíos y querían saber lo que proponían. Pedro se llegó hasta aquella ciudad y les anunció el mensaje cristiano. Y antes de que los hombres pudieran tomar decisiones se adelantó el Espíritu de Dios para hacerse presente en medio de ellos. Se conoce este relato como el “Pentecostés pagano”, ya que Lucas ha querido centrar la escena de Hch 2, en los judíos y su mundo.

I.3. El relato muestra la experiencia intensa de gozo, en la que pudieron notar la fuerza de la salvación que Dios quiere ofrecer, incluso a los paganos. Es el Espíritu del resucitado, pues quien lleva la iniciativa en la misión. Y es que la Iglesia, si no se deja conducir por el Espíritu, no podrá tener futuro. Los que acompañan a Pedro, judeo-cristianos, se asombran de que Dios, el Espíritu, pueda ofrecerse a los paganos. Pedro, es decir, Lucas, tienen que justificar que Dios no hace acepción de personas porque tiene un proyecto universal de salvación; de ahí que pida el bautismo para los paganos en nombre de Jesús, porque si el Espíritu se ha adelantado es para abrir caminos nuevos.

IIª Lectura: Iª Carta de Juan (4,7-10): La experiencia del amor, como experiencia divina

La segunda lectura, esta vez, es la que mejor va a interpretar el sentido del evangelio de este domingo. La carta nos ofrece una de las reflexiones más impresionantes sobre el Dios cristiano: es el Dios del amor. El amor viene de Dios, nace en él y se comunica a todos sus hijos. Por eso, la vida cristiana debe ser la praxis del amor. Si verdaderamente queremos saber quién es Dios, la carta de Juan nos ofrece un camino concreto: aprendiendo a ser hijos suyos; ¿cómo? amando a los hermanos.

La experiencia del amor es la experiencia divina por excelencia, y si los hombres quieren ser «divinos», en la medida en que nos es permitido ser dioses (si entendemos esta expresión correctamente); si queremos ser eternamente felices, no hay más que un camino: amando. Y sepamos, pues, que en ello, la iniciativa la ha tenido Dios mismo: entregándonos a su Hijo, dándonos a nosotros lo que más ama. El autor nos habla del “nacer” de Dios y “conocer” a Dios. Ya sabemos que el “conocer” es un verbo bíblico de tonos especiales que no contempla primeramente lo intelectual, sino lo que hoy llamamos lo “experiencial”. Tener experiencia de Dios es sentir su amor.

Evangelio. Juan (15,9-17): La experiencia del amor del Padre en Jesús

III.1. El evangelio de Juan, en esta parte del discurso de despedida de la última cena de Jesús con sus discípulos, insiste en el gran mandamiento, en el único mandamiento que Jesús ha querido dejar a los suyos. No hacía falta otro, porque en este mandamiento se cumplen todas las cosas. Forma parte del discurso de la vida verdadera que podíamos escuchar el domingo pasado y, sin duda, aquí podemos encontrar las razones profundas de por qué Jesús se presentó como la vida: porque en su vida, en comunión con Dios, en fidelidad constante a lo que Dios es, se ha dedicado a amar. Si Dios es amor, y Jesús es uno con Dios, su vida es una vida de entrega.

III.2. Por ello, los sarmientos solamente tendrán vida permaneciendo en el amor de Jesús, porque Jesús no falla en su fidelidad al amor de Dios. Jesús quiere repetir con los suyos, con su comunidad, lo que Dios ha hecho con él. Jesús siente que Dios le ama siempre (porque Dios es amor) y una comunidad no puede ser nada si no se fundamenta en el amor sin medida: dando la vida por los otros. Dios vive porque ama; si no amara, Dios no existiría. Jesús es el Señor de la comunidad, porque su señorío lo fundamenta en su amor. La comunidad tendrá futuro si ponemos en práctica el amor, el perdón, la misericordia de los unos con los otros. Ese es el signo de los hijos de Dios.

III.3. Con una densidad, quizás no ajustada al lenguaje del Jesús histórico, el autor del cuarto evangelio nos adentra en el mundo del amor y de la amistad con Dios, con Jesús y entre los suyos. Es un discurso que establece unas relaciones muy particulares. Dios ama al Hijo, el Hijo ama a los suyos, éstos se llenan de alegría, ¿por qué? Porque estas son relaciones de amor de entrega, de amistad. Son términos que la psicología recoge como los más curativos para el corazón y la mente humana. Todos sabemos lo necesario que es ser amado y amar: es como la fuente de la felicidad. El Jesús de San Juan, pues, se despide de los suyos hablándoles de cosas trascendentales y definitivas. No hay otro

mensaje, ni otro mandamiento, ni otra consigna más definitiva para los suyos. No está la cuestión en preguntarse solamente ¿qué tenemos que hacer?, aunque se formule en mandamiento, sino ¿cómo tenemos que vivir? : amando.

III.4. ¿Es amor de amistad (filía) - como en los griegos-, o más bien es amor de entrega sin medida (ágapê)? Sabemos que San Juan usa el verbo "fileô", que es amar como se aman los amigos, en otros momentos. Pero en este texto de despedida está usando el verbo agapaô y el sustantivo ágape, para dar a entender que no se trata de una simple "amistad", sino de un amor más profundo, donde todo se entrega a cambio de nada. El amor de amistad puede resultar muy romántico, pero se puede romper. El amor de "entrega" no es romántico, sino que implica el amor de Dios que ama a todos: a los que le aman y a los que no le aman. Los discípulos de Jesús deben tener el amor de Dios que es el que les ha entregado Jesús. Este es el amor que produce la alegría (chara) verdadera. El "permanecer" en Jesús no se resuelve como una simple cuestión de amistad, de la que tanto se habla, se necesita y es admirable. El discipulado cristiano del permanecer no se puede fundamentar solamente en la "amistad" romántica, sino en la confianza de quien tiene que dar frutos. Por eso han sido elegidos: están llamados a ser amigos de Jesús los que aman entregándolo todo como El hizo. Esta amistad no se puede romper porque está hecho de un amor sin medida, el de Dios.



Fray Miguel de Burgos Núñez
(1944-2019)

Pautas para la homilía

El amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros primero y envió a su Hijo para librarnos de nuestros pecados. Esta es la buena noticia que la liturgia de este domingo nos invita a vivir y a anunciar con gozo al mundo entero. Juan sabe bien que el amor es fundamental en la vida de los discípulos de Jesús porque lo aprendió directamente de él como testigo privilegiado.

Ante todo, dejémonos amar por Dios

Frecuentemente enfatizamos nuestro esfuerzo en la búsqueda de Dios, que a menudo, da la impresión de guardar silencio hasta el punto de parecernos indiferente. En realidad, el gran buscador es él mismo. *No te hubiera encontrado yo si Tú no me hubieras buscado primero, dice S. Agustín.* Dios está siempre presente, esperando entrar en comunión con nosotros, tomando la iniciativa. Muchas páginas de la Biblia nos muestran un Dios que parece no darse por satisfecho hasta que encuentra descanso en el corazón del hombre. Para que lo sintamos más cercano se hace uno con nosotros y se implica de lleno en nuestra historia. Dios se convierte en un mendicante de amor porque, mientras extiende su mano para pedir amor, ya nos lo está dando a raudales. Es Dios quien nos ama primero con un amor totalmente gratuito e inmerecido por nuestra parte.

Pero ser amado significa dejarse transformar por el amor que uno recibe, involucrándose en su lógica. Como Dios quiere incluir a todos en esta lógica, Jesús Resucitado ha vencido el poder que impide la vida plena a la humanidad. Por tanto, también nosotros debemos querer sinceramente el bien de los hermanos.

Sigamos al Maestro

Entrar en esta dinámica de amor al que nos invita Jesús significa participar de la alegría de Dios: *Os he dicho todo esto para que participéis en mi gozo y vuestro gozo sea completo.* El gozo de Jesús consiste en ser amado infinitamente por el Padre y en amar a los suyos hasta el final. Esta misma plenitud de alegría quiere comunicarla a los discípulos. Que no tengan miedo a la vida ya que pueden contar con su amor fiel y poderoso; que no se cierren en un individualismo estéril, dado que pueden dar vida a los hermanos con su empeño y dedicación.

Jesús sólo les dio este mandamiento: *Que os améis unos a otros como yo os he amado.* No es un mandato caprichoso y arbitrario, sino una necesidad que surge de la propia identidad de Jesús. Ha vivido una existencia como la nuestra, hecha de trabajo, de predicación, de relaciones humanas. No fue una existencia mágica, estaba completamente integrado en la vida de su tiempo, en lugares concretos, con personas concretas. Pero Jesús transformó todo ello en amor auténtico; habló y actuó impulsado por el deseo de comunicar alegría y vida a los demás. Su mandato consiste en que el discípulo de Cristo sea cristiano en su manera de pensar y actuar.

¿De qué amor se trata?

En su primera carta, Juan nos revela la naturaleza y la fuente de este extraordinario amor: *Amémonos unos a otros, porque el amor procede de Dios. Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios*". El apóstol habla aquí de un amor diferente del que normalmente queremos expresar con este término. El amor para nosotros es un complejo de sentimientos, hecho de atracción física, deseo, pasión, satisfacción... En general, amamos algo o a alguien porque es bueno para nosotros. Dios, en cambio, no ama para recibir algo sino para dar y darse. Así es como vivió Jesús.

Juan nos invita a profundizar más en la calidad de ese amor del que habla. No tiene su origen en nosotros sino en Dios. Es un amor que proviene de una relación con Dios, además de con otras personas. Por lo tanto, no se trata de un amor puramente humano, que dependa solamente de nuestra capacidad de amar. Es sólo unidos a Cristo por la fe como seremos capaces de vivir y difundir este amor a los demás. Un amor que, ante todo, es servicio. La voluntad de servicio hacia los hermanos debe animar toda nuestra vida cristiana, sea cual sea el lugar o la vocación en la que Dios nos llama a vivir. Es en los hermanos donde Dios quiere que descubramos su imagen, a veces desfigurada.

En nuestra sociedad los lazos de afecto y amistad son frágiles. No obstante tantos medios para comunicarse hay mucha soledad y, al mismo tiempo, vivimos cada vez más preocupados por la defensa de nuestro bienestar personal. Los lazos de afecto entre las personas basados solamente en el amor humano no son estables y fácilmente se deterioran y rompen. Parece cada vez más difícil vincularse de por vida con relaciones permanentes. Sólo el amor desinteresado que viene de Dios por medio de Jesús Resucitado puede ayudarnos a romper el muro de egoísmo que tiende a separarnos unos de otros. Sólo Jesús tiene autoridad para decirnos: *Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor*. Si aceptamos este hermoso reto podremos experimentar esta fuerza que regenera y sana nuestras relaciones. Este amor es el sello distintivo de quien *ha nacido de Dios y conoce a Dios*. Pero no es propiedad adquirida de una vez por todas, ni pertenece por derecho a este o aquél grupo. El amor de Dios no conoce límites de ningún tipo, rompe todas las barreras de raza, cultura, nación e incluso de fe, como leemos en los Hechos de los Apóstoles cuando el Espíritu también llenó la casa del pagano Cornelio.

Jesús no nos da este mandato del amor como una ley para hacer nuestra vida más dura y pesada, sino como un manantial de alegría: *Os he dicho todo esto para que participéis en mi gozo*". Cuando falta la armonía y la comunión, se crea un vacío que nada ni nadie puede llenar de alegría y de paz.



Fr. Pedro Luis González González
Convento del Santísimo Rosario (Madrid)

Evangelio para niños

VI Domingo de Pascua - 6 de Mayo de 2018



La vida verdadera... Permaneced en mi amor...

Juan 15, 9-17

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud. Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido; y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto dure. De modo que lo que pidáis al Padre en mi nombre, os lo dé. Esto os mando: que os améis unos a otros.

Explicación

Jesús quiere que sus amigos sean alegres como castañuelas y por eso les dice que desea contagiarles toda su alegría para que la trasmitan y la compartan con otras personas, y la posean tan dentro de ellos que nadie se la pueda quitar. Y les mandó una sola cosa: Amaos unos a otros como yo os he amado. Con eso basta.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

JESÚS: Amigos, hoy también debo deciros algo importante. Debéis poner mucha atención.

DISCÍPULO1: Maestro ¿qué es lo que tienes que decirnos?

JESÚS: Muchas veces os he hablado del amor del Padre y os he contado parábolas para que comprendáis mejor lo grande que es ese amor.

DISCÍPULO2: Sabemos que el Padre nos quiere siempre, aunque a veces no somos muy buenos.

JESÚS: Pues así, con ese amor con que nos ama el Padre, os amo yo a vosotros. Permaneced en mi amor.

DISCÍPULO1: Maestro, sabes que te queremos ¿cómo te lo podemos demostrar?

JESÚS: Sólo si guardáis mis mandamientos permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor.

DISCÍPULO2: Jesús, eso es un poco difícil de cumplir; tú eres muy valiente, pero nosotros...

JESÚS: Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría será inmensa. No debéis tener miedo.

DISCÍPULO1: Si estás a nuestro lado, ¡todo será más fácil!

DISCÍPULO2: Entonces, ¿qué debemos hacer?, ¿qué nos mandas?

JESÚS: Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado.

DISCÍPULO1: ¡Eso es muy fácil, todos somos amigos!

JESÚS: ¿Sois capaces de dar la vida por uno de tus amigos?

DISCÍPULOS: ¡Hombre, Jesús, no te pases!

JESÚS: Pues escuchad bien: Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. ¿Vosotros sois mis

amigos?

DISCÍPULOS: ¡Claro! ¡Desde luego!

JESÚS: ¡Tendréis que hacer lo que yo os mande!

DISCÍPULO2: ¿Igual que si fuésemos tus siervos?

JESÚS: No, amigos, no. Yo no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor.

DISCÍPULOS: Entonces... ¿cómo nos llamas?

JESÚS: A vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer.

DISCÍPULO2: Sabemos que eres el mejor amigo, por eso te elegimos como Maestro.

JESÚS: No, vosotros no me habéis elegido, he sido yo el que os ha elegido a vosotros. ¿Recordáis la parábola de la vid?

DISCÍPULO1: ¡Tú eres la vid y nosotros los sarmientos!

JESÚS: Para eso os he destinado, para que deis fruto y vuestro fruto dure.

DISCÍPULO2: ¿No nos dejarás solos, verdad, Señor?

JESÚS: No os preocupéis, todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo concederá.

DISCÍPULO1: Di, qué nos mandas, Jesús. Con tu ayuda y la del Padre podremos hacer... ¡cualquier cosa!

JESÚS: No os mando más que esto: amaos los unos a los otros.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández